

## SER RESIDENTE. LA EXPERIENCIA DE LA VEJEZ EN UNA RESIDENCIA GERIÁTRICA PÚBLICA DE BUENOS AIRES

**Matías Paschkes Ronis**

Doutor em Antropologia Social pela Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín e Professor da Facultad de Ciencias Sociales da Universidad de Buenos Aires.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9471-3989>

### Resumo

Este artigo é baseado em uma investigação que teve como objetivo investigar e explorar a experiência de morar em uma residência geriátrica pública administrada pelo Governo da Cidade de Buenos Aires. Se em geral essas instituições foram estudadas como espaços de solidão e passividade em que estão confinados idosos que já não podem mais se defender e estão em sua última fase de vida, este trabalho lança o desafio de abordá-los como um mundo de vida. A abordagem da pesquisa foi realizada a partir de uma metodologia etnográfica. A partir de um trabalho de campo realizado entre 2016 e 2018, foi possível explorar as formas como os residentes vivenciam a velhice e habitam a instituição. O trabalho etnográfico levou-me a desenvolver uma perspectiva a que denominei “gerontologia da experiência”, a partir da qual tenho procurado aprender e refletir sobre a velhice para além da idade, para a considerar como uma experiência específica e situada.

**Palavras-chaves:** Velhice; asilo; experiência

### Abstract

This article is based on an investigation that aimed to investigate and explore the experience of living in a public geriatric residence managed by the Government of the City of Buenos Aires. If generally these institutions were studied as areas of solitude and passivity in which elderly people who can no longer fend for themselves and are in their last stage of life are confined, this work poses the challenge of approaching them as a world of life. The research approach was carried out from an ethnographic methodology. From a field work carried out between 2016 and 2018, it was possible to explore the ways in which residents experience old age and inhabiting the institution. The ethnographic

work led me to develop a perspective that I called "gerontology of experience", from which I have sought to learn and reflect on old age beyond age, to consider it as a specific and situated experience.

**Key-words:** Old age; nursing home; experience

“Fuente de saber o cúmulo de experiencias, la vejez no existe. Para darse cuenta de que la vejez no existe basta con llegar a ella”.  
Marc Augé - *El tiempo sin edad. Etnología de sí mismo*

## Introducción

El presente artículo se basa en una tesis doctoral que tuvo como objetivo indagar y explorar acerca de la experiencia de habitar en una residencia geriátrica pública gestionada por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Si generalmente estas instituciones fueron estudiadas como ámbitos de soledad y pasividad en los cuales se confina a las personas de edad que ya no pueden valerse por sí mismas y están en su última etapa vital, este trabajo plantea el desafío de abordarlas como un mundo de vida.

El abordaje de la investigación se llevó a cabo desde una metodología etnográfica. A partir de un trabajo de campo realizado entre los años 2016 y 2018, se pudieron explorar los modos en que los residentes experimentan la vejez y el habitar la institución. La labor etnográfica me condujo a desarrollar una perspectiva que denominé “*gerontología de la experiencia*”, desde la cual he buscado aprender y reflexionar sobre la vejez más allá de la edad, para pasar a considerarla como una vivencia específica y situada.

La heterogeneidad de la población con la que me encontré resultó un contexto único para reflexionar sobre la experiencia de la vejez institucionalizada. A lo largo del trabajo de campo analicé los itinerarios (Bonet, 2014) de los residentes centrándome especialmente en los marcos a partir de los cuales construyen su identidad y en las relaciones de poder y cuidado que se dan entre éstos y el personal de salud a cargo.

En este artículo me interesa ahondar principalmente en cómo los residentes elaboran su situación en la institución. Cómo, luego de su paso por la “enfermería”,

experimentan el impacto de llegar a la residencia B-M; la manera en que definen cada uno de esos espacios de la residencia y a los residentes qué allí habitan. Y cómo experimentan la vejez en dicha situación.

### **Metodología**

Antes de comenzar, describiré brevemente la institución donde realicé mi etnografía. La residencia B-M (así la llamaremos con el fin de proteger su identidad) no es un hogar de ancianos habitual, en realidad se trata de una institución única en América Latina. Constituye la combinación de dos residencias históricas de la Argentina: la primera fundada como “Asilo de Mendigos” a mediados del siglo XIX y la segunda como “Colonia de crónicos y convalecientes” a principios del XX. Luego de sucesivos cambios de nominación y de funciones, durante la última dictadura cívico-militar (1976-1983) ambas residencias se fusionaron en el predio de 44 hectáreas de la segunda institución a más 28 km de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

La residencia “B” conserva la antigua estructura de pabellones reservados para los residentes considerados “dependientes” y gestionados por un equipo especial compuesto de enfermeras/os, trabajadora/es sociales y cuidadoras/es. Mientras que el “M” constituye una sola unidad edilicia destinada preferentemente para aquellos residentes considerados “auto válidos”. Conjuntamente, ambas residencias poseen una capacidad para alojar a más de mil residentes mayores de sesenta años, los cuales provienen de variadas situaciones, principalmente marcadas por la exclusión social: situación de calle, abandono familiar, residentes con problemas psiquiátricos rechazados por instituciones psiquiátricas públicas y también residentes condenados con prisión domiciliaria que no tienen casa donde cumplirla. Al momento de hacer el trabajo de campo se alojaban más de ochocientos residentes.

Mi estrategia metodológica consistió en pasar varios meses en un mismo pabellón y observar todo lo que allí sucedía. Aparte de la observación participante en varios pabellones realicé más de 30 entrevistas en profundidad tanto a residentes como al personal. Sumergirme al interior de los dispositivos institucionales me permitió pasar de una mirada centrada en las “políticas de edades” –como lo plantea la post-

gerontología (Iacub, 2022; 2011a; 2011b)– a lo que denominé una “*gerontología de la experiencia*”, centrada en el estudio de cómo los actores se vinculan con el entorno, cómo lo padecen y a la vez cómo lo habitan, lo recrean, lo interpretan y lo resisten, cómo construyen su vida allí vinculándose con otros residentes, con el personal, y también con el entorno “no humano”.

### **Controversias entorno al uso de la noción de Instituciones Totales**

Uno de los principales desafíos epistemológicos con el que me enfrenté consistió en desplazar la mirada desde la Institución (con mayúscula) como resultado, a pensar la institución como producto de una multiplicidad de flujos de vida que se corresponden entre sí, que trazan líneas, itinerarios particulares ininteligibles si partía de la definición goffmaniana de *institución total* (Goffman, 2012). En este sentido, la noción de *itineraciones* (Bonet, 2014; Ingold, 2014) fue crucial para comprender la multiplicidad de formas de experimentar la institución, de habitarla, de morir, pero también de resistir, de amar y de cuidar.

Eso me condujo a pensar la totalidad institucional no como una unidad englobante, sino como una multiplicidad de vidas que se llevan adelante día a día, y que se sostienen aún en *situaciones límites* (Jaspers, 2000). En *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales* (2012), Erving Goffman no abordó la temática del envejecimiento, pero en su tipología de las *instituciones totales* describió una serie de atributos que coincidían con los de las residencias geriátricas, fundamentalmente, aquellos referidos al cuidado de las personas que parecen ser a la vez incapaces e inofensivas.<sup>1</sup> Esta afinidad, hizo de la obra una referencia ineludible en todos los trabajos etnográficos sobre este tipo de ámbitos.

Ahora bien, una controversia central en las investigaciones sobre residencias geriátricas tiene que ver con la adecuación del tipo ideal “*instituciones totales*” que propone Goffman en lo atinente a: la dimensión cultural, más específicamente, si en la residencia de ancianos es posible la formación de una subcultura; la dimensión del

---

<sup>1</sup> Según Goffman, “una institución total puede definirse como un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un período apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente” (2012: 15).

control, que indaga sobre la posibilidad de que los residentes tengan algún grado de autonomía; y la dimensión del impacto subjetivo de la institucionalización, que se pregunta por los efectos que genera la institución en el yo, en la representación que el sujeto tiene sobre sí mismo.

El enfoque goffmaniano fue central en los estudios etnográficos realizados por Gubrium (1975), Stafford (2003) y Townsend (1962), quienes destacan cómo los hogares de ancianos producen una “ruptura radical” en la persona al ser caracterizados como instituciones con sus propias jerarquías, cultura y normas que entran muchas veces en contradicción y conflicto con la vida anterior de los residentes. En esa misma línea argumental, se destaca la investigación realizada en Argentina por la socióloga Lucia Billoud (2017) y los trabajos de Paula Danel (2008) sobre instituciones geriátricas privadas.

Por otro lado, en un marco de discusión con la categoría goffmaniana de *institución total*, se encuentran los trabajos de la antropóloga brasilera Guita Debert ([1999] 2012) y del psicólogo y antropólogo brasilero Lucas Graeff (2005). En ambos se visibiliza el trabajo sistemático que los residentes realizan en pos de resignificar sus trayectorias sociales y de afirmar la dignidad de sus condiciones de vida. En contraste con los estudios basados en Goffman que ponen el acento en la “mortificación del yo” (Barenys, 1993; Billoud, 2017), el maltrato (Cataldi, 2017) y la vulneración de derechos (Danel, 2008), en su etnografía en un Asilo en San Pablo, Brasil, Debert muestra cómo los conflictos cotidianos entre los residentes y el personal, son también una forma de mantener el yo, la dignidad y la autoestima.

Lucas Graeff en su tesis de maestría (2005) analiza las formas de reinención de la vejez en la cotidianidad de la vida residencial a través del estudio de la “memoria social”. Ésta refiere a las formas narrativas que, en las relaciones afectivas de la vida cotidiana, tiene el poder de reinventar las trayectorias sociales.

Los últimos trabajos mencionados resultan ejemplificadores de una mirada etnográfica que, lejos de quedarse en un ejercicio de contrastación de las hipótesis goffmanianas, se sumerge en la vida residencial indagando el significado de la vejez que se construye *in situ*, esto es, como un resultado prácticas y relaciones entre actores que no se dejan convencer con las imágenes de la discriminación y la inferioridad, sino que

luchan, se relacionan y se reinventan para poder sostener parte del sentido de su vida cotidiana.

Ahora bien, mi primera pregunta en el campo fue justamente ¿cómo indagar la vida institucional? Quizás una manera sea abandonar la búsqueda de supuestas profundidades estructurales y moverme lentamente por la superficie, describiendo los gestos, las interacciones, las prácticas y discursos que conforman la institución, pero que permanecen invisibles para aquel que no vive en ella. En el caso de los discursos, centrarme sobre todo en aquellos que se dan “tras bambalinas” como los que discurren en las poesías escritas por residentes que fui conociendo a lo largo de mi trabajo o en las interacciones que se dan entre estos por fuera de la mirada del personal y constituyen lo que Scott (2004) denomina *discurso oculto*. Oculto no por el hecho de que opere en una profundidad inaccesible sino porque contrasta con el *discurso público* o hegemónico de las instituciones, el discurso explícito.

En su estudio sobre el pueblo malayo Scott dice: “los subordinados que pertenecen a esas estructuras de dominación en gran escala tienen, no obstante, una vida social bastante variada fuera de los límites inmediatos establecidos por el amo” (2004, 19). Ahora bien, para acceder a esa vida social “bastante variada” de los “subordinados” y para comprender las competencias críticas de éstos y sus “actos de resistencia”, debemos partir no de la Institución, sino más bien llegar a ella. Ser, en ese sentido, más “fiel” al trabajo de Goffman (2004) quien no partió del concepto de *Institución Total* como noción explicativa, sino que llegó a la noción luego de describir meticulosamente las interacciones que allí se daban.

### **Ser residente**

Isabel y Raúl<sup>2</sup> fueron los primeros residentes que conocí al comenzar mi trabajo un 3 de octubre de 2016, fecha en que se conmemoraba casualmente el “Día Internacional de las Personas Mayores”. El contraste entre ambos fue total. Isabel es una señora de contextura pequeña, de casi 80 años, chilena, ojos rasgados y mirada dulce. Poeta,

---

<sup>2</sup> Así como se protege la identidad de la institución, también los nombres de las y los residentes se encuentran modificados.

enfermera y militante por los derechos humanos. Generalmente, permanece resguardada en su cuarto a menos que algún trámite la obligue a salir. En el comedor sufrió el maltrato de un residente y no quiere que esa situación se repita. Raúl mide más de un metro ochenta y cinco, su personalidad y su físico hacen que se imponga esté donde esté. Cada vez que se expresa verbalmente tiende a golpear la mesa, los objetos e insultar. Raúl tiene actitudes intensamente homofóbicas, xenofóbicas, antisemitas, misóginas. Generalmente se pasea por el comedor y en el parque de la residencia, mostrándose dominante y controlador. Ambas personalidades, que vienen de mundos opuestos, conviven la residencia M.

Alberto es el tercer residente que conocí aquel primer día cuando sin querer llegué a la biblioteca. Alberto tiene alrededor de 75 años, una estatura de un metro sesenta, gordito, de una abundante barba blanca, y unos ojos grandes y redondos de color turquesa. Él vive hace siete años ahí, me contó que de joven estudió derecho en la Universidad de Buenos Aires, pero dejó faltándole pocas materias, y desde entonces dedicó toda su vida a ser comerciante. Siempre le gustó mucho leer, en especial filosofía, política y psicoanálisis. “Toda mi vida soñé con tener mi propia biblioteca y recién acá lo pude lograr”.

Cuando pregunté si ahí estaba conforme con la residencia me dijo: “Acá tenemos todo y gratis, estamos todos gordos. Tenemos las cuatro comidas, medicamentos, no nos tenemos que preocupar por pagar nada. Pedís un médico y en cuarenta minutos está. ¿Cuánto esperarás en un privado? Es así... Pero ojo, la Residencia B es otro mundo...”. Alberto está de novio hace cinco meses con una nueva residente. Me dice, canchero, que “se la levantó” el tercer día que ella llegó. Le pregunto si está contento con su nueva relación, me responde que sí, pero no piensa convivir: “No sirve hacer familia dentro de las habitaciones. Algunos quieren eso, ponen una mesa, pero no dura. La habitación es para hacer silencio”.

Tanto él como su amigo, con quien compartía en ese momento un mate, afirman que no se irían del “Hogar”, que están tranquilos. No les gusta cuando la gente se queja, aunque reclaman: “Antes se hacían más salidas, había otra gente. En el 2001 entró mucha gente de clase media empobrecida. Ahora todos los que entran son marginales”. Alberto define al hogar como “un crisol de razas”, “Te encontrás toda la fauna acá, por eso hay

que marcar territorio. A veces hay que pelearse”. Luego de eso, pregunté qué cambiarían del hogar, les costó responder, hablaron del sindicato, que tiene todo el poder y que maneja todo. Comparan a la directora con Obama (el ex presidente de los Estados Unidos), “en realidad el que maneja todo es el Pentágono y el Tesoro”.

De ese primer día de trabajo de campo me fui con múltiples impresiones y preguntas. Me asombraba principalmente las diferencias entre los tres primeros residentes de la M que conocí, cómo cada uno de ellos habita de forma diferente el hogar, generando sus propios itinerarios y construyéndose un mundo y un espacio propio dentro del amplio territorio.

Isabel en su habitación, con sus pocos libros con dedicatorias, su notebook y sus muñecas antiguas de porcelana, almuerza sola, con sus recuerdos en su escritorio. Raúl, “el renegado”, tal como a él le gusta llamarse, por el contrario, habita los espacios comunes, el comedor, el parque y la cancha de bochas. Se sienta siempre en una esquina estratégica desde donde vigila todo lo que sucede. Cuando quiere estar solo se trepa a un árbol del parque y se prende un cigarrillo. Insulta fuerte y provoca miedo mirando fijo a quien sea que tenga como víctima de su encono. Alberto, en cambio, creó su mundo en un espacio que estaba vacante hasta su llegada: la biblioteca. Espacio público que él supo apropiárselo y gestionarlo. Es el único residente que tiene las llaves y atiende allí los lunes, miércoles y viernes. Los demás días ese espacio lo usa él solo y quien él quiera invitar a tomar algo. Es *su* territorio, donde él reconstruyó su identidad: bibliotecario, logrando así el sueño de su vida, una biblioteca donde vivir.

### **El primer impacto: la entrada a la residencia**

Los residentes llegan a la institución siendo en su mayoría derivados de hospitales o trasladados luego de ser encontrados en situación de calle por agentes del Gobierno de la Ciudad. También están los que ingresan vía gestiones familiares, los judicializados y aquellos con trayectoria en hogares o refugios para adultos de hasta 60 años. A estos itinerarios de vida, de experiencias de exclusión, una vez que llegan se añaden la sensación de desconocimiento del lugar, la soledad, como los primeros momentos de la experiencia del residente.



Luisa, una residente de 74 años, enfermera jubilada y, según ella, de “buen pasar económico”, llegó a partir de un traslado hospitalario. El proceso de enfermedad e internación de su fallecido padre la dejó endeudada y sin lugar para vivir, ya que había hipotecado su propia casa para poder pagar el tratamiento. Hace cinco años ingresó “sin nada y deprimida”. “¿Es mucho o poco cinco años acá?”, le pregunto. “Es toda una vida. Para mí venir acá es venir a morir”. Me relata su experiencia en de ingreso y cómo la enfermera le presentó el lugar:

Cuando llegué, la enfermera me dijo: “acá hay drogadictos, hay gente que está haciendo prisión domiciliaria, hay psiquiátricos, alcohólicos” yo te juro que tenía ganas de salir corriendo. Yo me vine acá porque yo trabajaba mucho, pero el psiquiatra que me atendía me dijo que si seguía así me iba a agarrar una depresión peor y que él no me iba a poder sacar de esa depresión. Cuando la enfermera me dijo eso quería salir corriendo.

En *Internados*, Goffman muestra que tanto el personal como los demás residentes, se encargan de darle al ingresante una noción clara de su nueva condición que auspicia como una “forma de iniciación” tanto al lugar como a su rol en él (2012: 32). En este caso, las palabras de la enfermera le dan a Luisa información sobre su nuevo estatus de residente que comparte con “drogadictos”, “delincuentes”, “psiquiátricos” y “alcohólicos”.

Alicia, de 73 años, llegó hace unos pocos meses luego de vivir más de un año en situación de calle junto a su hijo de 23 años con problemas de adicción y tras quedar hospitalizada por desnutrición. Conversando me cuenta: “cuando entré acá no me gustó. Este pibe [su hijo] me trajo a morir a este agujero”. Luego de pasar por la enfermería de la institución fue trasladada a la residencia M, pues los médicos consideraban que al ingerir alimentos se podía recuperar rápido. De a poco empezó a caminar con la ayuda de un andador al que rápidamente dejó cuando se vio reflejada en los demás residentes:

Cuando mejoré me trajeron acá con el andador. Yo empiezo a mirar alrededor, veo viejos, bastones, andadores, sillas de ruedas. Yo me muero dije, con esto no me quedo. Me saqué las botas, me puse las zapatillas y me puse a caminar sin andador. Yo tengo una fuerza adentro. Yo tengo 73 pero me veo de menos. Y acá me repuse. La verdad es que acá me repuse.

El impacto subjetivo que genera la llegada a la residencia, luego del paso por “enfermería”, tiene que ver por un lado con el desconocimiento del lugar, con su presentación en la “enfermería”, con la experiencia de soledad y de muerte, con la situación edilicia y, también, con la exposición a la vejez y a la decrepitud de quienes serán sus compañeros de destino; tal como lo refleja Alicia, al decir que lo primero que vio fueron “viejos”.

Elvira, de 72 años, llegó a la residencia luego de estar internada varios años en un hospital psiquiátrico. Es una mujer con una muy buena apariencia física, alta, delgada, de pelo rubio y bien cuidado, no aparenta su edad. Acostumbrada a habitar en instituciones psiquiátricas, el impacto que le generó el ingreso a la residencia B se vincula directamente a la cuestión de la vejez:

La discapacidad física me mata. La mía no, la de los demás. Yo tengo discapacidad física, pero no es una que se vea. (...) La discapacidad física me condena a una tortura constante, es lo peor que me puede pasar. La discapacidad mental no se ve tanto, pero yo estuve entrenada toda la vida, se tratar con un loco. Yo me muevo como un pez en el agua así. Pero la discapacidad física no. Encima esto es una calamidad... a uno le falta una pierna, el otro se arrastra para caminar, otro con la boca torcida por un ACV, y esto lo vez a cada rato. Dios mío, dios mío, ¡¡¡DIOS MÍO!!! Las cosas que ves pasando por esa galería. Y yo soy una mujer relativamente joven y veo lo que me espera ¡¡¡AY DIOS!!!

Tal como se puede apreciar en estos relatos, uno de los impactos más fuertes que sufre el residente en su ingreso es el que genera la vejez misma. Pues el residente no se considera a sí mismo viejo si no que afronta su propia vejez a partir de ver a los demás en su deterioro físico y/o mental. Esta primera experiencia sobre la vejez (la vejez *del* otro) se va consolidando y profundizado a lo largo de la estadía en la institución y se relaciona, en gran parte, con la disociación entre las residencias M-B.

### **La edad del viento**

Las palabras de Elvira y Alicia dan cuenta de las dificultades de definir la vejez. Ambas se sienten jóvenes, aun con sus más de setenta años y viviendo en una residencia geriátrica, y no ocultan su sensación de repulsión ante el deterioro de los demás residentes. Esta disociación entre la condición etaria en tanto categoría estadística

vinculada con la biología y su “modo particular de estar en el mundo, de encontrarse arrojado en su temporalidad, de experimentar distancias y duraciones” (Margulis y Urresti, 2008: 21), suele surgir en las conversaciones cotidianas. Veamos el ejemplo de otra residente, Eva.

Eva es residente del M, es una de las poetas que conocí por recomendación de la directora de la institución. Eva, al igual que la otra poeta-residente, Isabel, no suele salir de su habitación. Tiene más de ochenta años y si bien su estado de salud es bueno, se suele sentir insegura en los espacios comunes en donde, según ella, hay gente muy violenta. Hace más de veinte años que vive acá. Ya con confianza le pregunto por los amoríos dentro de la institución, me dice que tuvo muchas propuestas, que había un señor que estaba muy enamorado de ella. Pero Eva nunca estuvo con nadie desde que ingresó. Recuerda que este señor era “más joven”, que se le acercaba a hablar y que después otra residente hizo referencia a que ella era “vieja” para él, y le preguntó su edad delante de todos. Ese comentario la indignó y escribió rápido y con bronca la siguiente poesía:

#### NO ME PREGUNTES

No me preguntes cuantos años tengo.  
 Pregúntame, mejor, si parí hijos,  
 Si los cuidé, y los quise.  
 Si les dije “Te quiero”.  
 Pregúntame si planté un árbol, una flor, si la regué,  
 Si cuidé un cachorro y si lo protegí.

No me preguntes cuantos años tengo.  
 Pregúntame, mejor, si tuve amigas, amigos,  
 Si los tengo, si me quieren, si los quiero.  
 Si fui tierna o amable con los necesitados,  
 Pregúntame si puedes contar conmigo,  
 Si estoy dispuesta a oír, a escuchar.

No me preguntes cuántos años tengo.  
 Pregúntame si discrimino, si desprecio u ofendo.  
 ¡Nada de eso podría!  
 Pregúntame mejor, si amé y me amaron,  
 Si me dejo querer, si digo: “te amo”,  
 Si besé con pasión o me han besado.  
 Si comprendes esto...  
 Entonces pregúntame: Cuántos años tengo.  
 Y te diré... la edad del viento...  
 Y también ¿por qué no?,  
 la del crecimiento.

A partir de esta poesía, como así también de mis charlas con los residentes se puede inferir cómo la experiencia de vejez no es meramente tributaria de la edad. Esta noción (junto a la de sexo) constituye la base de las clasificaciones y estructuraciones de sentido en las sociedades. Los sociólogos Margulis y Urresti indican que “los conceptos utilizados como clasificatorios de la edad son crecientemente ambiguos y difíciles de definir” (2008: 13). Así como ser “joven” no depende solo de la condición biológica, sino que es también un hecho vivencial, lo mismo se puede decir de la vejez. Ahora bien, mientras que la “juventud” está asociada a un signo de prestigio en las sociedades actuales, ligados a una *moratoria social* (periodo más o menos prolongado para vivir con relativa despreocupación y ligereza) y a una *moratoria vital* (posesión de un *capital temporal* a disposición que permite proyectar una vida y un futuro);<sup>3</sup> la vejez constituiría por el contrario una especie negativa de *moratoria social* con ausencia de *moratoria vital*, donde la negatividad del primer tipo de moratoria estaría ligada al *estigma* de la improductividad y la muerte.

La pregunta por la edad, esa que tanto molestó a Eva, se vincula con un modo de encasillamiento y desprestigio. Luego de haber tenido un ofrecimiento amoroso, la pregunta por la edad la volvió a sumir en una categoría negativa, recordándole su ausencia de *moratoria vital*, su ausencia de posibilidades vitales y amorosas. En *El tiempo sin edad etnología de sí mismo* Marc Augé hace una reflexión sobre las implicancias de la vejez y el paso del tiempo. Allí expresa el malestar que le produce la pregunta por la edad. En especial cuando se lo preguntan en inglés, donde se utiliza el auxiliar “ser”: *How old are you? I'm*. “¿Soy yo verdaderamente esos cuarenta, cincuenta, sesenta años o más por los que me encuentro así condenado a definirme?” (2016: 27). Él se siente más bien “fuera de la edad”.

---

<sup>3</sup>La *moratoria social* no define universalmente a la juventud, sino que depende también de la clase social. Tal como muestran Margulis y Urresti hay *jóvenes no juveniles* (jóvenes de sectores populares que no gozan de la moratoria social y no portan los signos que caracterizan hegemonícamente a la juventud) y *no jóvenes juveniles* (como es el caso de ciertos integrantes de sectores medios y altos que ven disminuido su crédito vital excedente, pero son capaces de incorporar tales signos). MarcAugé también incorpora la visión de clase en su análisis de la vejez: “Pese a la prolongación de la vida, uno no se hace viejo a la misma edad según su origen social y su tipo de actividad. La relación con la edad traduce la desigualdad social” (2016: 20).

La expresión “fuera de la edad” remite a una vivencia de la temporalidad en la cual el presente lejos de ser un mero instante a la espera de una muerte cercana, constituye un anudamiento de múltiples líneas temporales:

Un individuo “fuera de edad” reúne varios pasados presentes de diferente manera en su memoria, pasados recompuestos donde a menudo los más antiguos no son los menos tenaces y pueden darle la impresión de que su vida ha durado un relámpago, mientras otros, más recientes, pero ya en vías de borrarse, lo persuadirían fácilmente de haber vivido una eternidad, y otros todavía flotan en una bruma imprecisa en el horizonte de su memoria sin que esté en condiciones de ubicarlos o fecharlos con precisión (2016: 32).

La poesía de Eva “No me preguntes” rechaza la pregunta “clasificadora” de la edad y contrapone la multiplicidad de pasados presentes que conforman su identidad: “Pregúntame mejor, si amé y me amaron / Si me dejo querer, si digo: “te amo” / Si besé con pasión o me han besado”. El pasado (“si amé y si me amaron”) y el presente (“si me dejo querer, si digo: “te amo”) se anudan en una misma experiencia temporal.

En palabras de Latour, “Jamás avanzamos ni retrocedimos. Siempre seleccionamos activamente elementos pertenecientes a tiempos diferentes. Y podemos seguir seleccionando. Es la selección lo que hace el tiempo y no el tiempo lo que hace la selección” (2007, 114). En ese sentido, la temporalidad no tiene nada de temporal, sino que es más bien un modo de ordenamiento provisional.

De esta manera, podemos definir la vejez como una experiencia singular del tiempo, un modo de existencia propio resultante de anudar múltiples líneas<sup>4</sup> de experiencias pasadas y presentes. La expresión de Augé “fuera de la edad” como la expresión de Eva “la edad del viento”, remiten a esa resistencia a la cárcel de la edad, a la edad como limitación, y proponen experimentar el tiempo como manera primera de nuestra imaginación, como posibilidad de reinención, como una libertad. Libertad limitada por la revelación de nuestra edad que viene del otro: del otro “de edad” en quien

---

<sup>4</sup> Prefiero utilizar la noción de nudo y anudamiento de Ingold en vez de la de ensamblaje o composición de Latour. Pues la idea de ensamble remite a un conjunto de piezas que una vez que se “desensamblan” quedan intactas a su estado anterior, mientras que, como explica Ingold, las líneas que se anudan conservan la memoria: “... en un mundo ensamblado a partir de componentes vinculados externamente y ajustados perfectamente, no podría albergar vida. Nada podría moverse ni crecer (...) *El nudo no es una cadena* (...) No tienen eslabones. Sin embargo, retienen en su misma constitución una memoria del proceso de su formación” (Ingold, 2018: 36-37).

no nos queremos reconocer, del otro que nos interroga sobre nuestra edad y del Otro como dispositivo institucional que dispone de los cuerpos clasificándolos y ubicándolos, en este caso en M o B.

### **Las residencias M-B**

La división entre las residencias M-B ordena y jerarquiza el espacio de la institución entre “autoválidos” y “dependientes”. B “Es el lado triste”, me dice un residente del M: “andá si tenés estómago. Hay gente abandonada y autoabandonada. Hay mucha gente deprimida. Acá hay vida, allá la parca es como si estuviera recorriendo todo el tiempo”. B es el “fondo de imposibilitados”, en cambio, M es donde “hay vida”, pero una que se expresa como salvaje, como un territorio en incesante disputa, como un lugar violento.

Para Osvaldo, residente del M, de 80 años, “A los residentes del B los tratan mal, los dejan con la orina y no los cambian”. Este tipo de caracterización es más bien producto de un imaginario, pues en su mayoría los que viven en el M no cruzan el parque hacia allí. Pero, no obstante, este imaginario tiene efectos directos y concretos para quienes viven en el M, como sentimientos de angustia y temor por verse reflejados en aquellos residentes. De hecho, cuando las enfermeras del M deciden la mudanza de un residente hacia el B debido a la necesidad de mayores cuidados, el residente a ser mudado suele sufrir un rápido agravamiento de sus condiciones de salud debido al traspaso.

La división entre ambas residencias constituye para la experiencia de los residentes del M, lo que el sociólogo Meccia define como un *espaciador biográfico*, esto es, instituciones que “otorgan a los sujetos un sentido del momento en que se encuentran dentro de la carrera biográfica” (2018, 7). El B constituiría el “después” del M, un pasaje tenebroso donde están los “verdaderos viejos”, entendiéndolo por ello, los “abandonados”, los “imposibilitados”, los que ya están deteriorados, con el cuerpo arruinado. En términos de Le Breton (2002) los que ya no son “sujetos completos” sino más bien “objetos de su cuerpo”.

Para los residentes del M los “viejos” son los del B, esos “otros” que simbolizan una especie de muerte en vida. Pero, esta forma de caracterización no se corresponde con la de los propios residentes del “fondo”. Para éstos, M es una residencia peligrosa y violenta. Ernesto, residente del B, notó lo siguiente:

Estuve una semana en la enfermería. Yo salía a caminar, iba de un lado a otro, buscaba la sociedad, no rechazo lo social, conversaba con todos. Observaba el M, cómo peleaban por la mesa de pool, por la comida, por un vaso de agua, las sillas encadenadas, y yo dije “esto no es para mí”. Yo paseaba y veía...

Con Alberto, retomo el tema de las luchas de poder y le pregunto qué sería “marcar territorio”, pues esa expresión había sido utilizada muchas veces:

(...) Marcar territorio se puede comparar con los perros que marcan territorio orinando. Acá es “ojo con ese que no se puede joder” y con ese no se jode porque es inteligente para manejar intelectualmente situaciones extremas o lo maneja a las piñas, ese también marca territorio. También están los famosos “quiero y no puedo” que no pueden marcar territorio ni física ni intelectualmente porque son borrachos, drogadictos, muy viejos, o que no asumen su situación de indigentes. Lo básico para marcar territorio es saber ubicarte, saber dónde estás parado, dónde estás y quién sos en este lugar. Después están los pasivos, los que no marcan territorio sino los que siguen “la ley del amo”. (...) El pasivo se sumerge y no se defiende, se somete. Hay otros que lo intentan pero no les da el paño...

El marcar territorio tiene que ver con hacerse un lugar en la residencia. El ser, “el quién sos”, en términos de Alberto, se relaciona con la apropiación de un espacio definido, un modo de ser-ahí situado que enmarca la identidad del residente. A esta experiencia situacional de la identidad se le suma el ser con otro, que se traduce en un saber manejar las relaciones con los demás: a las piñas, con retórica o sumido en la pasividad.

### **El comedor como comunidad interrumpida**

Tal como se puede analizar, residentes del M y del B coinciden en caracterizar a la primera residencia como un espacio violento, casi salvaje. Una de las marcas territoriales más visibles son las sillas. Si bien en relación con la cantidad de residentes, las sillas sobran y están desocupadas la mayor parte del tiempo, éstas se encuentran atadas con cadenas y candados a las mesas. Incluso, a tal punto que muchas veces yo mismo quise cambiarme de mesa o sumarme a alguna nueva para conversar con residentes y no pude encontrar una silla suelta a pesar de que más del 90% estaban vacías. Hacerse de un espacio propio, aunque sea por un momento, no es sencillo en el comedor.

Estela, residente del B me dice:

En el M te aseguro que hay más cosas peligrosas, se han matado, se han dado a los tiros, un viejo le saca la mujer a otro, la mujer le saca plata... eso sí sé del M porque me contó una amiga que vivió y murió ahí. Hay muchos borrachos, gente que viene de la cárcel. Por eso yo estoy acostumbrada a mi pabellón, acá nos cuidan más.

El chisme, el “puterío”, como dice Carlos, es quizás una de las practicas más comunes del M y por ello, es muy difícil no verse envuelto en él. Cuando Carlos pronunció esas palabras estaba sentado en una mesa del comedor del M con Patricio y Augusto, un hombre de 86 años:

Augusto: La gente está atada acá como la silla, son ignorantes, es gente de la calle. Muy poca gente hay acá que hizo una vida, nosotros venimos de otro estrato social. Somos profesionales. Yo soy Magister. Hay mucha gente que ha tenido una vida muy jodida y cargó la mochila con muchas piedras y no la pueden descargar.

Patricio: yo soy osteópata. Vivo acá hace tres años.

Augusto: hace cuatro años que vivo acá. Cuatro años acá es una vida... por el “elemento” que tocas. Esa gente que estuvo tan cascoteada en la vida. Por preservar una mesa –es un lugar que es de todos y no es de nadie– atan una silla a la mesa, lo cual no habla de una buena civilización. Porque tienen miedo que le roben el espacio. (...) lo que pasa es que tenemos un grupo de psicólogas, asistentes sociales, buena gente. Pero una golondrina no hace verano. Acá no se hace un abordaje integral del paciente. Vos no podés convivir con alcohólicos que siempre hacen quilombo, te insultan. Esa gente tiene el mismo derecho que yo en estar en el lugar, pero en otro lugar. Acá se trabaja con el paciente cuando lo lastimaron. Por ejemplo, a los abuelos del fondo los bañan una vez por mes cuando tienen que ir a cobrar. Hay una división infernal, Paco viene de allá del fondo.

P: [me pregunta a mí] ¿Acá a quien conoces?

Matías: conozco a muy pocos, a la gente que se me acerca a hablar, como ustedes.

Acá hable mucho con Alberto

A: es buena gente.

M: hoy hable con Zoilo.

A: naaaah, dejá [dice con cara despectiva]

P: ese te dice que un día es periodista, otro actor. Es un delincuente.

M: hablé también con Ricardo.

P: jajaj es un delirante ese.

A: dice que trabajó en el hospital Argerich, pero era barrendero en Avellaneda.

M: hablé con Alicia.

P: ¿la puta? Es una prostituta.



M: hablé con Raúl...

P: ahhh un tráfuga. 18 años en cana.

A: es un homofóbico. Tiene una perimetral por pegarle con una toalla a un viejo desnudo por homosexual.

Esta conversación tiene que ver en parte con las disputas de clase de la que hablaba Alberto. Los tres residentes vienen de un pasado de clase media, dos de ellos profesionales de los cuales uno tiene un posgrado. “Nosotros venimos de otro estrato social”, resalta Augusto. Se juntan y hacen valer esa distinción, su diferencia respecto al “elemento que tocás acá”, en referencia a los residentes humildes o con consumos problemáticos. Esa diferencia que marcan con los otros residentes del M se suma a su visión del B, de quienes lo separa una “división infernal”.

La otra cuestión que se puede ver es el funcionamiento del chisme. Cuando me preguntan a quién conozco y yo les voy nombrando a distintos residentes, ellos me los van caracterizando a todos a partir de diferentes estereotipos: la puta, el delincuente, el delirante. Se trata en todos los casos de “desenmascarar” quienes son, la vida que llevaron y ocultan. El delirante, por ejemplo, sería en este caso un residente que dice que es profesional de enfermería y según ellos era barrendero.

Cuando me retiro de esa conversación para ir a hablar con la trabajadora social del sector, me llama antes un residente de otra mesa que observaba atentamente mi conversación con ellos tres. Me acerco y me dice “son tres mentirosos, el de la esquina fue policía en la época de la represión, le decimos ‘el falso médico’” (en referencia a Patricio, el osteópata). Luego, en la sala de la trabajadora social ella me dice: “los tres con los que estabas hablando son terribles, son problemáticos y que tienen privilegios en la institución”. Cuando finalizo mi charla con la trabajadora social vuelvo a la mesa para seguir hablando con los tres residentes, pero ya no se encontraban. En su lugar estaba sentada una residente a quien no conocía, me mira y me dice “Los tres con los que estabas hablando son “dangers, very dangers. Patricio es mentiroso. No le alcanzan los años de vida para haber trabajado de tantas cosas. Y Augusto es... [Me hace un gesto doblando la muñeca, haciendo referencia a su homosexualidad]”. Al finalizar el día llego a mi casa y encuentro este mensaje que Ernesto (residente del B) me había enviado por WhatsApp (transcribo textual):

Hola Matías, cómo estás? Hoy te vi en el M con el comité revolucionario de los panqueques. Hubiera querido escuchar para saber cómo me sacaban el cuero. Vos todo bien?

Ernesto, al verme hablando con los tres residentes pensó que estaban hablando mal de él (lo cual no sucedió), por eso se resguarda y me manda el mensaje diciéndome que son unos “panqueques”.<sup>5</sup>A partir de estas conversaciones puede experimentar la complejidad de interactuar en el comedor del M. Efectivamente al estar ahí todos parecen observarte con quien hablas y luego uno puede quedar envuelto en un juego de difamaciones mutuas.

El comedor no es simplemente el sitio de la comensalidad, donde se produce lo común, la comunidad, “un rito de agregación” como lo caracteriza Van Genep (2008, 49). Sino más bien un lugar donde lo que se pone en juego son las diferencias, donde las identidades se disputan permanentemente. Para “ubicarte allí” hay que poder ganar un lugar. Por eso atar una silla es atarse en ella, tener una silla propia es un principio de reconocimiento y de autoafirmación. El comedor funciona en la práctica como una especie de panóptico entre los propios residentes, un espacio en el que se están midiendo constantemente, defendiéndose de los posibles ataques físicos o simbólicos de otros. Es el espacio donde se va a comer, pero no a ser comido.

Los residentes sentados solos en una mesa, “atados como las sillas”, pareciera que se encuentran en un juego de espejos con la libertad de los perros. Éstos recorren en manada el comedor, buscando y peleando salvajemente por un trozo de pollo. “Te encontrás toda la fauna acá”, me decía Alberto en referencia a los residentes, por eso la importancia de saber “marcar territorio (...) como los perros cuando orinan”. En el juego de espejos los residentes se convierten en su propia jauría. Abandonados, indigentes tienen que “saber asumir esa situación” dice Alberto: “Lo básico para marcar territorio es saber ubicarte, saber dónde estás parado, dónde estás y quién sos en este lugar”. La construcción de la identidad se vuelve problemática, a tal punto que es más fácil obtener reconocimiento de un perro –muchos residentes terminan adoptando uno– que de otro en su misma situación.

---

<sup>5</sup>Los caracteriza como “panqueques”, expresión muy utilizada en Argentina para definir a quién no tiene valores, al “qué se da vuelta”.

Debert en su etnografía realizada en un asilo de San Pablo, reflexiona: “Al final, todos están en el asilo y ahí las diferencias en términos de situación objetiva son reducidas y las similitudes resaltadas. Las autoproclamaciones no tienen credibilidad, y es a través de cada gesto que se debe mostrar lo qué se es y de dónde se vino” (2012: 121. Traducción propia).

Mario, un residente del B, también se refiere a esta cuestión:

Este es un mundo de mentiras. Los varones contamos historias que nunca tuvimos. Y las mujeres tuvieron historias que jamás contaron. Esto es para hacer una película. Con las cosas que cuentan los tipos parecen que vivieron 900 años.

La importancia del chisme en las interacciones fue establecida en los primeros estudios sociológicos de la Escuela de Chicago. Para William Thomas (1923) “el cotilleo” es un medio informal pero poderoso para definir las situaciones. Este autor retoma la afirmación de un campesino polaco para quien “una comunidad se extiende hasta donde se puede hablar de un hombre”, resaltando así cómo la comunidad regula la conducta de sus miembros hablando de ellos y otorgándoles un estatus determinado.

### Reflexiones finales

Este artículo buscó analizar cómo los residentes comprenden y experimentan las situaciones que se le presentan en cuanto instancias definitorias de su identidad. A partir de mi trabajo de campo desarrollé una perspectiva llamada “*gerontología de la experiencia*”, desde donde me propuse indagar cómo los residentes vivencian su estadía en esa institución específica. Al llevar a cabo esta estrategia metodológica, lo primero que me asombró fue la heterogeneidad que convivía al interior de la institución. Una muestra de ello son las diferencias presentan los tres primeros residentes de la M en cuanto a cómo habitan el hogar, cómo generan sus propios itinerarios y cómo construyen un mundo propio dentro de la heteronomía institucional.

Otra dimensión relevante fue el impacto subjetivo de la llegada a la institución, primero, a partir de la presentación del lugar; segundo, con la experiencia de soledad y de muerte; tercero, con la situación edilicia; y cuarto con la exposición a la vejez y a la decrepitud de quienes serán los compañeros de destino.

La primera experiencia sobre la vejez (la vejez del otro) se va consolidando y profundizado a lo largo de la estadía en la institución y se relaciona, en gran parte, con la división y jerarquización que se da entre las residencias M-B. Un suceso de gran interés sociológico es que en instituciones como el M-B se produce una “pérdida del personaje social”. En términos goffmanianos los residentes ven cómo su concepción de sí mismos es quebrada una vez que la narración que construyen de su identidad es puesta en cuestión o directamente desmentida por los demás (“él dice que es enfermero y era barrendero”) y pasan a ser nombrados a partir de epítetos degradantes: “la puta”, “el delincuente”, “el falso médico”.

De esta forma, el chisme adquiere trascendencia porque va más allá de lo que en sí mismo dice, habla más bien de la construcción de una comunidad, pero en este caso, de una comunidad imposible, interrumpida. Se trata de una comunidad de vidas que viven en la complicidad de la lucha por el reconocimiento, en esa igualdad de situación que se sabe y se niega a la vez, igualdad dentro de la jauría, de los que van a morir.

Por último, los relatos y las opiniones de los residentes dan cuenta de las dificultades para definir la vejez. A lo largo de este trabajo vimos cómo mujeres, aun con sus más de setenta años y viviendo en una residencia geriátrica no sólo no se reconocen como ancianas sino que no ocultan su sensación de repulsión ante el deterioro de los demás residentes.

Esto hace que uno se pregunte, ¿En qué consiste la vejez entonces? Los resultados de esta etnografía buscan abonar un nuevo paradigma de la temporalidad que implique dejar de pensar al tiempo desde la perspectiva “moderna” como un flujo homogéneo que llevaría a concebir la vejez desde la “edad”, como momento último, cercano al final de la vida (“tercera edad”, luego “cuarta edad”) y pasarla a concebir desde una perspectiva “no moderna”, como lugar de imaginación primera y posibilidad de reinención y, por lo tanto, de libertad, tal como sugiere Augé.

## Bibliografía

AUGÉ, Marc (2016). *El tiempo sin edad. Etnología de sí mismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

BAREYNS, María Pía (1993). “Un marco teórico para el estudio de las instituciones de ancianos”, en *REIS* N° 64. pp. 155-172.

BILLOUD, Lucia (2017). “Las destituciones sociales en el ámbito institucional: el proceso de reconfiguración subjetiva de adultos mayores institucionalizados”, en *questión*, Vol. 1, N° 55, pp. 406-424.

BONET, Octavio (2014). “Itinerações e malhas para pensar os itinerários de cuidado. A propósito de Tim Ingold”, en *Sociologia & Antropologia*, Rio de Janeiro, Vol. 04, Año 02, pp. 327-350

CATALDI, Mariana (2017). *Rompiendo el silencio. El maltrato en hogares geriátricos*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Lumen Hvmanitas.

DANEL, Paula (2008). “Adultos mayores institucionalizados: Objetos de protección, cuidado y rentabilidad”. *Jornadas de Cuerpo y Cultura de la UNLP*, 15 al 17 de mayo de 2008, La Plata. Disponible en memoria académica: [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.654/ev.654.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.654/ev.654.pdf)

DEBERT, Guita Grin (2012). *A reinvenção da velhice: socialização e processos de reprivatização do envelhecimento*. São Paulo: EDUSP.

GOFFMAN, Erving (2003). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

\_\_\_\_\_ (2012). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

GRAEFF, Lucas (2005). *O “mundo da velhice” e a cultura asilar. Estudo antropológico sobre memória social e cotidiano de velhos no Asilo Padre Cacique, em Porto Alegre*. Tesis de Maestría: Universidade Federal Do Rio Grande Do Sul. Instituto de Filosofia e Ciências Humanas. Programa de Pós-graduação em Antropologia Social. Disponible en: <http://www.lume.ufrgs.br/bitstream/handle/10183/5466/000515601.pdf?sequence=1>

GUBRIUM, Jaber F. (1975). *Living and Dying at Murray Manor*, New York: St. Martin's Press

IACUB, Ricardo (2002). “La post-gerontología: hacia un renovado estudio de la gerontología”. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 34.

\_\_\_\_\_ (2011). *Identidad y envejecimiento*. Buenos Aires: Paidós.

\_\_\_\_\_ (2011b). *Erótica y vejez. Perspectivas de occidente*. Buenos Aires: Paidós.

INGOLD, Tim (2014). “The creativity of undergoing”, en *Pragmatics & Cognition*, Vol. 22, pp. 124-139.

\_\_\_\_\_ (2018). *La vida de las líneas*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado

JASPERS, Karl (2000). *La filosofía. Desde el punto de vista de la existencia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

LATOUR, Bruno (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

LE BRETÓN, David (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

MARGULIS, Mario y URRESTI, Marcelo (2008). “La juventud es más que una palabra”, en MARGULIS, Mario (ed.). *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Editorial Biblos, pp. 13-30

MECCIA, Ernesto (2018). “Héroes sin fama. Una mirada sociológica del envejecimiento gay más allá del sufrimiento”, en *Etcétera. Revista Del Área De Ciencias Sociales Del CIFYH*, N° 3. Recuperado a partir de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/etcetera/article/view/22590>

SCOTT, James C. (2004). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México D.F.: Ediciones Era.

STAFFORD, PB (2003). *Gray areas: Ethnographic encounters with nursing home culture*, James Currey Publishers.

THOMAS, William (1923). *The Unadjusted Girl*. Little, Brown and Co. Boston.

TOWNSEND, Peter (1962). *The Last Refuge. A Survey of Residential Institutions and Homes for the Aged in England and Wales*. London, England: Routledge and Kegan Paul.

VAN GENNEP, Arnold (2008). *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza Editorial.